



Otro fotograma de la película de Ford, en el que aparecen los dos personajes centrales de la narración, Tom Joad y su madre, dentro del grupo de «okies» que emigran a California.

Los «okies» se fueron asimilando a sus nuevas regiones, dejando muertos en el camino, entregados a las Policías paralelas de los propietarios de California y a las Policías estatales que colaboraban con ellos. La leyenda de su larga emigración, de sus esperanzas, de sus protestas, está todavía enteramente viva. Cuando vemos en la película de John Ford las caravanas de viejos coches y camiones desvencijados transportando familias enteras, colgando de ellos sus sartenes, con los colchones en el techo, estamos presenciando algo que ha pasado otras veces —como en los irlandeses que iban

a Londres en la «revolución industrial»— y también algo que está pasando ahora. Por la carretera de Andalucía suben hacia Europa en viejimos coches familias enteras de marroquies, con niños, colchones y sartenes. Se desconfía de ellos en las ciudades por donde pasan, tienen que acampar en las afueras; a veces se les niega el agua, y si hay un delito en las proximidades, se sospecha inmediatamente de ellos. No nos vale muchas veces refugiarnos en la contemplación de algo que «ya pasó» como si no estuviese pasando todavía. John Steinbeck cambió. El mundo no tuvo esa suerte. ■

ante cuyo sufrimiento, Ford mostró idéntica lucidez.

Ni muchísimo menos hasta el punto de que —como argumenta Andrew Sarris— el estilo «fordiano» fue una «particularmente opuesto a la concepción biológica que tenía Steinbeck de sus personajes. Mientras Steinbeck descubrió la opresión deshumanizadora sus personajes hasta hacerlos criaturas de una indigencia abyecta, Ford evoca la nostalgia humanizando los insectos económicos de Steinbeck y convirtiéndolos en campeones heroicos de un orden agrario familiar y comunitario», lo que si creo cierto es que la película disminuye en su último tercio la dureza del relato original. Como se recordará, en la novela la estancia de la familia Joad en el campamento federal —que en el film toma casi un tono propagandístico del «New Deal»— se sitúa previamente al trabajo como involuntarios esquiroleros, con lo que adquiere un significado distinto, y, sobre todo, varía el final: en vez del camión marchando por la carretera hacia un posible nuevo destino (con un monólogo de la madre, en que aquí «people» se tradujo

por «gente» y no por «pueblo»), Steinbeck mostraba una situación mucho más desesperanzada, con los Joad víctimas de una inundación que arrasaba el campamento en que vivían, tras una buena etapa de recogida del algodón. Llegándose a ese inolvidable pasaje último en que Rosasharn —cuyo hijo había nacido muerto— daba de mamar a un anciano que necesitaba de leche para sobrevivir, como una postrera imagen de la solidaridad popular preconizada por Steinbeck a lo largo de todo el relato y de cuya necesidad, primero el ex predicador Casey y más tarde Tom, iban a tomar conciencia.

Pero ello no impide el valor significativo, directo, eminentemente claro, de las imágenes «fordianas». Ayudadas por la fotografía del genial Gregg Toland y una interpretación de la que —más allá incluso de Ford— destaca Jane Darwell en el papel de la madre (Oscar de 1940, junto al propio Ford). Dentro de una película que a mi me parece importante que la haya visto esta España neocapitalista del 81 por ciento del territorio que se despuebla... ■ FERNANDO LARA.



EL AMERICANO MEDIO ES COMO UN NIÑO

A LOS NIÑOS NO SE LES PUEDE DECIR SIEMPRE TODA LA VERDAD CON ELLO SOLO SE LOGRARIA CONFUNDIRLOS

CONVIENE PUES DECIRLES UNA VERDAD

UNA VERDAD CUIDADOSAMENTE ELABORADA, QUE ELLOS PUEDAN COMPRENDER

LA VERDAD ORIGINAL HABIA ATORMENTADO

ESA OTRA VERDAD A SU MEDIDA LOS DEJARA, POR EL CONTRARIO, SATISFECHOS.

ASI QUE CUANDO YO NO DIGO LA VERDAD

NO ESTO MINTIENDO

SOLO TRATO DE PROTEGER A MIS COMPATRIOTAS

CONTRA EL DOLOR